

UN VIAJERO EN CHINA: SERGIO PITOL

Laura Cázares H.*

Cuando se hace referencia a Sergio Pitol, se pone de relieve que gran parte de su vida transcurrió fuera de México, su país de origen que nunca olvidó, a la vez que se insertó con intensidad en cada uno de los países donde por algún tiempo se estableció. Como bien señala Juan Villoro: “Ajeno a todo empeño turístico o exotista, ha escrito como si todo sitio fuera definitivo”.¹ Ahora bien, de qué manera se manifiesta en su obra “esta condición de moderno y universal *Homo viator*”:² en cuentos y novelas que tienen el viaje como tema central, en personajes que se confrontan con un nuevo entorno, en relatos o diarios de viaje, en “ensayos en los que reflexiona sobre sus estancias en el extranjero o que se centran en la problemática del viaje, el desplazamiento, la emigración, el exilio...”.³ Puede considerarse a Pitol dentro de ese grupo al que alude en un artículo sobre emigrantes, el de “Los escritores y los artistas que abandonaron sus países de origen [y, por lo tanto,] sufrieron la influencia de sus nuevos destinos e incorporaron las tradiciones de otras tierras”.⁴ Estos casos son muy particulares y, como él mismo dice: “Cuando el exilio es voluntario, la estancia en el extranjero no se concibe como destierro, la distancia de la patria lejana puede ser favorable para la creación literaria o artística”.⁵ Hace entonces un amplio recorrido por los diversos autores que se han establecido fuera de su país. Sin embargo, es muy consciente, y

* Universidad Autónoma Metropolitana plantel Iztapalapa (UAM-I), <laucaz2001@yahoo.com>.

¹ Juan Villoro, “El viajero en su casa”, en Rafael Antúnez, ed. y sel., *Conversaciones con Sergio Pitol* (Xalapa, Veracruz: Instituto Literario de Veracruz, 2015), 71.

² Francisco Uzcanga Meinecke, “El viaje de Sergio Pitol: entre peregrinación rusa y viaje a la semilla”, en Julio Peñate Rivero y Francisco Uzcanga Meinecke, eds., *El viaje en la literatura hispánica: de Juan Valera a Sergio Pitol* (Madrid: Verbum, 2008), 221.

³ Uzcanga, *El viaje...*, 221.

⁴ Sergio Pitol, “Los emigrantes y el futuro cultural latinoamericano”, *Latin Art Museum* (2001), en <http://www.latinartmuseum.com/latinos_emigrantes.htm>, consultada en septiembre de 2015.

⁵ Pitol, “Los emigrantes...”.

me lo comentó hace mucho tiempo,⁶ de la existencia de otro tipo de emigración y de lo que ella puede generar. Al respecto nos dice en el artículo mencionado: “Hoy, hay una ola muy distinta de emigrados. Son casi náufragos que llegan a las naciones del primer mundo en busca de una vida mejor. A menudo son rechazados, perseguidos, pero en esa muchedumbre se encuentran seguramente los creadores que forjarán el tesoro espiritual de las generaciones venideras”.⁷ En Milán, la visita a una exposición del fotógrafo Sebastián Salgado con el tema de las migraciones lo impacta con fuerza: “Inmensas muchedumbres marchan de un lado a otro, pueblos expulsados de su lugar por un régimen político, por el miedo a los combates en regiones de guerra, pero, sobre todo, por el hambre. Son los hijos perdidos de la política neoliberal, sus frutos”.⁸ En su opinión, como ya se puede intuir:

En el futuro serán los ciudadanos del mundo, y si no ellos físicamente, sí parte de la marea infantil que los acompaña por todas partes. La historia se repetirá, ellos reemplazarán a las abúlicas civilizaciones incapaces de procrear sus descendientes, como hace quince siglos los godos, los visigodos, los normandos, los rutenos, los magiares, los kazhubes y tantos y tantos grupos temidos entonces se “desbarbarizaron”, reconstruyeron algunas de las ruinas y los áureos jardines que los fatigados romanos no pudieron mantener, para dar inicio a otros estilos tan majestuosos como los anteriores, el gótico por citar un ejemplo soberbio.

Y el mundo, de eso no cabe duda, seguirá su larga, su infinita marcha.⁹

Pero volvamos a nuestro escritor viajero y a su experiencia en China, expuesta ampliamente en su *Memoria 1933-1966*. Después de haber regresado de Europa a México, Pitol se dedica a hacer traducciones y sufre estrecheces económicas. Es el año 1962 y un amigo le informa que la Editorial en Lenguas Extranjeras de Pekín necesita dos traductores del inglés al español. En sus palabras: “La idea me pareció extraordinaria”,¹⁰ pues podría conocer desde dentro “aquel mundo del que se contaban milagros”.¹¹ Como buen viajero, se prepara con una serie de lecturas, antes de saber que habían aceptado

⁶ Los comentarios personales se realizaron durante conversaciones telefónicas en que hablamos de diversos temas. Me resulta imposible dar las fechas de las mismas.

⁷ Pitol, “Los emigrantes...”.

⁸ Pitol, “Los emigrantes...”.

⁹ Pitol, “Los emigrantes...”.

¹⁰ Sergio Pitol, *Memoria 1933-1966* (México: Era, 2011), 80.

¹¹ Pitol, *Memoria...*, 80.

su solicitud. Sin embargo, todo se retrasa y no llega su boleto, por lo que debe irse a Cuba para arreglar en la embajada china en La Habana que lo envíen a Pekín. El autor expresa el éxtasis de sus primeros días en la capital china y describe detalladamente Yoi Ping-yuan (Casa de la Amistad) donde se hospeda, con su atmósfera enrarecida, en particular por la pugna entre los grupos prosoviéticos y los grupos prochinos. En ese ambiente: “Todos los defectos parecían aflorar a la vez que las virtudes se anulaban”.¹² Pero él mismo reconoce que “Aquél era el mejor caldo de cultivo para un escritor”.¹³ Aunque dicho caldo no parece haberle sido muy productivo, pues sólo escribe el borrador de una novela, *Tepoztlán*, que nunca publicó, y un cuento, “Los nombres no olvidados”, fechado en Pekín en febrero de 1963. Los otros cuentos relacionados con China, “¿En qué lugar ha quedado mi nombre? y “Hacia occidente”, los escribe ya en Varsovia en octubre de 1963, el primero, y en enero de 1966, el segundo.

Como en todos los lugares donde ha vivido, Pitol trata de relacionarse con sus compañeros de trabajo, tanto extranjeros como chinos, y al principio todo funciona muy bien. Corrige libros de escritores chinos clásicos y contemporáneos traducidos al francés y al español, se reúne con extranjeros, pasea y come con intelectuales chinos que habían pertenecido a la burguesía nacionalista y que, como él bien señala, “eran protegidos por la esposa del presidente democrático Sun Yat-sen, la señora Soong Ching-ling”.¹⁴ Esa camaradería acaba muy pronto por el acendramiento de la confrontación con la Unión Soviética y el inicio de la Revolución Cultural. Al respecto le dice a Juan Villoro: “el clima de intolerancia me hizo salir antes de lo previsto, cuando se preparaba ese acontecimiento aberrante que fue la Revolución Cultural”.¹⁵ En sus *Memorias* asienta cómo, al enterarse del suicidio de Lao She, en 1966, recuerda su visita al escritor chino para entrevistarlo y que ése “Fue un día extraordinariamente emotivo”,¹⁶ pues él le mostró “su fenomenal biblioteca y luego su hermoso jardín”.¹⁷ Ese suicidio fue resultado de las humillaciones que sufrió a manos de los guardias rojos, y afectó tanto a Pitol

¹² Pitol, *Memoria...*, 85.

¹³ Pitol, *Memoria...*, 85.

¹⁴ Pitol, *Memoria...*, 87.

¹⁵ Villoro, “El viajero...”, 75-76.

¹⁶ Pitol, *Memoria...*, 88.

¹⁷ Pitol, *Memoria...*, 88.

que lo hizo pensar que jamás regresaría a China. Sin embargo, cuando en 2005 se publicó en chino *La vida conyugal* y *Vals de Mefisto*, fue invitado para hacer presentaciones en diversos lugares de ese país.

Todo se confabula para que su estancia en China en 1962 no se prolongue. Una visita a Polonia, en vacaciones, lo reanima, pero a la vez incentiva su deseo de irse del país oriental. Nos dice: “Tenía una imagen tan desastrosa del socialismo que para mantener un equilibrio me parecía necesario vivir en un país socialista de otro estilo”.¹⁸ Regresa a China y consigue en la embajada polaca una visa para pocos días, así llega a Varsovia en septiembre de 1963 y con ayuda de amigos consigue una beca para quedarse un año en el país. A partir de ahí inicia su recorrido de mucho tiempo por diversos países del este de Europa, siempre en actividades culturales, el cual culmina con su nombramiento como embajador de México en Checoslovaquia (1983).

En su entrevista (1990-1991), Juan Villoro le hace al escritor una afirmación-pregunta: “No has escrito mucho sobre tu experiencia china”. Él le responde: “Muy poco. Algo en mi autobiografía y dos o tres cuentos. Es tan fuerte la diferencia que es muy fácil caer en el exotismo, además el rencor podría llevarme a opiniones muy superficiales”.¹⁹ Como señalé antes, son tres los cuentos que se relacionan temáticamente con ese país. “Los nombres no olvidados”, escrito en Pekín, se construye con personajes extraídos de su espacio laboral, lo cual se corresponde perfectamente con lo que el autor dice sobre su método de trabajo: “Tengo que conocer a los personajes, haber hablado con ellos, para poder recrearlos”.²⁰ Si bien esto se aplica a todas sus narraciones, en ese cuento, algo poco frecuente en él, recurre a la narración en primera persona, la cual establece una cercanía entre personajes y narrador, entre éste y el autor, y como lectores nos hace apreciar los hechos como una experiencia vivida en la que fundimos narrador-autor, en particular si conocemos sus *Memorias*.

Norman Cooper, el protagonista, es un “experto extranjero” (así designan en China a la persona que contratan para hacer un trabajo específico) que labora en la radio con el narrador y muchos otros “expertos”. Si la camaradería no es mucha, al menos se reúnen para conversar y “las más de las veces

¹⁸ Pitó, *Memoria...*, 90.

¹⁹ Villoro, “El viajero...”, 76.

²⁰ Pitó, *Memoria...*, 91.

sólo para compartir el mal humor y el hastío”²¹ después de las “visitas a fábricas modelo, comunas, talleres, exposiciones de arte, museos y sitios de interés arqueológico”.²² Pero Cooper se mantiene aislado, impenetrable, silencioso. Para el narrador es un enigma del que quisiera desentrañar lo que implica “la nebulosa e impermeable sonrisa que lo caracterizaba”;²³ y en los posibles significados que en ella encuentra, creo yo que mucho de lo experimentado por el autor se concentra: “era sólo una respuesta, un modo de reaccionar contra el rencor que lo acosaba, o si con su actitud pretendía expresar un desinterés total hacia los otros, o bien si sólo era manifestación de una irremediable fatiga, de una gana absoluta de desaparecer, de no existir, en pugna con la terca obstinación de seguir adelante”.²⁴

Poco a poco el narrador se va enterando de ciertos detalles relacionados con Cooper: es norteamericano y un tipo peculiar de emigrado, ya que llegó a oriente como soldado de Estados Unidos para participar en la guerra de Corea (1950-1953); por lo tanto, es un antiguo prisionero “reeducado”, que presta servicio en distintas instituciones de China, pues en el canje de prisioneros, en Corea, se negó a partir y eligió “una nueva patria”.²⁵ Su comportamiento distante es comprensible, cuando leemos el comentario de una canadiense: “Vinieron como invasores y se les da trato de amigos. [...] No les pueden tener la confianza que nosotros les merecemos. Eran agresores. Se les perdonó y admitió. Ya está bien, ¿o es que pretenden algo más?”.²⁶

Después de oír que el narrador, innominado, en su viaje a Europa en el *Marburg* (igual que Pitol), estuvo en Beaumont, Texas, Cooper le dirige la palabra y escucha todo lo que el primero recuerda, quien también expone en el relato cómo se va maleando el ambiente, tanto en el trabajo como en el hotel, cómo todo es silencio, penumbra, cerrazón de pensamiento, tal como lo expresa el autor en sus *Memorias*. Por fin ese muerto ambulante se atreve a visitar al narrador y éste, aunque no desea recibirlo, lo acepta para no resultar tan mezquino como los otros personajes. Todo lo que Cooper ha guardado en lo más profundo de su ser, brota a borbotones: el rechazo de su familia,

²¹ Sergio Pitol, “Los nombres no olvidados”, en *Obras reunidas III. Cuentos y relatos* (México: FCE, 2004), 126.

²² Pitol, “Los nombres...”, 126.

²³ Pitol, “Los nombres...”, 127.

²⁴ Pitol, “Los nombres...”, 127.

²⁵ Pitol, “Los nombres...”, 129.

²⁶ Pitol, “Los nombres...”, 130.

poco comprensible para él en el caso de su hermano, a quien sí le explicó sus razones; la devolución de sus cartas; el recuerdo de Moira, con quien bailó una tarde; su lectura de *Lord Jim* en la vieja biblioteca; los lugares, las casas, las personas, las comidas.

En suma, la añoranza del pequeño espacio de la patria perdida que se desea visitar, del hermano de quien se desea recibir, aunque sea insultos. Sólo con el narrador puede hablar, aunque no le descubra el secreto de su decisión esencial; sólo él puede trasladarlo a su origen porque ha conocido su pueblo; sólo él propicia el recuerdo de los nombres todavía no olvidados. Y así, dice el narrador: “Habló, habló, me pidió una y otra vez que repitiera mi imperfecta, confusa descripción —que él iba llenando de detalles— de la arboleda, del viaje a través del canal, de la iglesia, de la piscina pública, del teatrillo de verano, del hotel Plaza, del correo, mientras él iba desgranando nombres, nombres de lugares, de calles, de persona...”.²⁷ La verbalización de lo recordado humaniza a Cooper, y quizás la existencia de ese receptor logre salvarlo, darle un nuevo impulso en ese triste e ingrato vivir que no es vivir, y que únicamente puede sustentarse en un lejano pasado que debe mantenerse siempre escondido, oculto.

En este cuento puede notarse la cercanía entre la experiencia vivida por el autor y su recreación a través de espacios, personajes, sentimientos, etcétera. Juan García Ponce considera que “Los nombres no olvidados” es un puente entre las narraciones del mundo infantil y las que remiten al mundo adulto; si en todas ellas lo biográfico está presente, desde la perspectiva del adulto cambia la manera de expresarlo:

escribir es recoger y transformar la propia experiencia y nada puede ser más lógico que el escritor se mueva hacia su centro. Sin perder su carácter de biografía espiritual, su propósito de convertir la experiencia personal en imagen general, los cuentos se irán haciendo a partir de esa primera época más subjetivos y directamente autobiográficos, en tanto que el escritor que recoge la experiencia se colocará dentro de ella como mero testigo o como protagonista, sin que por esto la misma experiencia deje de estar objetivizada, convertida en estilo, en narración, representando los mismos valores que hasta entonces se han buscado indirectamente, haciéndolos encarnar hacia fuera.²⁸

²⁷ Pitó, “Los nombres...”, 132.

²⁸ Juan García Ponce, “El mundo de Sergio Pitó”, *Batarro*, nos. 38-39-40 (2002): 127.

El acierto está en la elaboración del personaje Norman Cooper, diferenciado completamente de los otros personajes, encerrado en sí mismo, sufriente, desgarrado, que genera en el lector un gran desasosiego. En opinión de García Ponce, el narrador “descubrirá en el otro, que es *los otros*, esa persistente relación con los orígenes que se convierte en inevitable desarraigo y es un símbolo de la condición humana a través de la escondida nostalgia de la sombra de Norman Cooper...”.²⁹ Ese desarraigo se profundiza a causa de que Cooper puede considerarse dentro del conjunto de personajes que “se mantienen impermeables a todo lo que no parta de sus recuerdos”;³⁰ pero éstos pueden volverse borrosos, irse perdiendo aunque se les cultive. Además, ya no hay una segura pertenencia, pues Cooper es rechazado por la gente relacionada con sus orígenes y también por aquellos con los que convive en el país elegido. Se ha vuelto por completo un paria.

Si bien “¿En qué lugar ha quedado mi nombre?” se fecha en 1963, se publicó por primera vez en 1967 en el libro *No hay tal lugar*, y después, con cambios muy relevantes, en *Del encuentro nupcial* (1970). Pero no se incluye en el tomo de cuentos y relatos que forma parte de la *Obra reunida* del autor.

Formalmente el texto se divide en tres partes. La primera, narrada en tercera persona, recoge la perspectiva de los “acontecimientos” que tiene un personaje masculino innominado; esta narración da paso a una rememoración, designada como “melopea acartonada”, que consiste en un diálogo del personaje con una mujer, también sin nombre, sobre sus experiencias en un lugar que sólo indirectamente se precisa: “Aquel sitio enorme, su edificación monumental, la fábrica inmensa de muros tenues, innumerables corredores y techos de teja laqueada de brillantes colores: verdes, amarillos, naranja, pece- ras ahítas de creaturas monstruosas, crisantemos deformados artificialmente, el aroma aletargador del sándalo, puertas multiplicadas hasta el absurdo: un espejo que por fuerza debía desordenarlo todo”.³¹

Se trata de China, pero en este relato, a diferencia de los otros dos, nunca se la menciona. Es tan innominada como los personajes y tan inasible como ellos.

En la segunda parte, el narrador nos acerca nuevamente al personaje masculino para mostrar cómo se imponen en él las imágenes del pasado en

²⁹ García Ponce, “El mundo...”, 127

³⁰ Elizabeth Corral, *La escritura insumisa. Correspondencias en la obra de Sergio Pitol* (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2013), 22.

³¹ Sergio Pitol, “¿En qué lugar ha quedado mi nombre?”, en *Del encuentro nupcial* (Barcelona: Tusquets, 1970), 51.

ese país sobre las que debería estar captando en el presente, y que sólo conocemos por la voz narrativa. En esta parte ocupa un lugar destacado, por su misma presentación: entre paréntesis y con un margen mayor, la remembranza de su primer encuentro con la ciudad, asumo que se trata de Pekín, en la que se expone el choque cultural que se produce en él, pues todo es diferente de lo que había pensado y de lo que le habían contado: “Lo único en lo que se le ocurre pensar es que ha llegado al culo del mundo, al punto donde el tiempo no transcurre, donde todo es tiempo, donde nada es tiempo; siente haber llegado a otra vida, a otro ritmo, a otra estancia del caos y del absurdo que no guarda ninguna relación con las conocidas hasta el momento. [...] Todo se le vuelve irrealidad, mascarada”.³²

La tercera parte cierra el relato a través de una serie de preguntas que se hace el personaje masculino, a la vez que recuerda frases aisladas del diálogo con la mujer, resaltadas en cursivas, y se plantea, a pesar del rechazo mostrado a lo largo de la narración hacia ese espacio y ese tiempo pasados, que quizás el regreso sería lo único que podría salvarlo de los recuerdos. Un espacio fijado en el tiempo, una unión sexual para sobrevivir el paso del tiempo, un pasado que ha dejado su marca a pesar de tantos intentos de borrado: todo lo que se sugiere en el relato respecto a que la pareja está atrapada en un tiempo y un espacio ya inexistentes, porque el tiempo ha seguido su curso, se concreta en las dos preguntas que, desde el distanciamiento del narrador, se hace el personaje masculino: “¿Podrá quizás el regreso salvarlo de los recuerdos? ¿Podrá la locura salvarlo de la locura?”.³³ Respecto al conflicto de la temporalidad, muy pertinente resulta lo que dice Méndez-Craipeau: “Los juegos con el tiempo del relato, en los que muchas veces se pierden los personajes de los cuentos de Pitol, son tal vez las situaciones de horror más penetrante [...] La cronología deja de existir, el espacio es uno y todo al mismo tiempo, y el personaje llega al colmo del miedo, del delirio, de la incompreensión.³⁴ Como ella misma señala, el horror está ahí, a la vuelta de la esquina, y muchas veces “se esconde en nosotros mismos”.³⁵

³² Pitol, “¿En qué lugar...?”, 53.

³³ Pitol, “¿En qué lugar...?”, 54.

³⁴ Lenina Méndez-Craipeau, “Variaciones en torno al horror en la narrativa de Sergio Pitol”, en Karim Benmiloud y Raphaël Estève, dirs., *El planeta Pitol* (Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, 2012), 151-152.

³⁵ Méndez-Craipeau, “Variaciones en torno...”, 144.

Lo primero que identifica a un ser humano, y muchas veces también a un personaje, es el nombre. Por el título del cuento, este rasgo de identificación se ha perdido, tanto en el caso de los personajes como en el del espacio. Sin embargo, por la preeminencia del personaje masculino, es claro que la pregunta del título se la hace él. ¿Dónde puede encontrarse su nombre? ¿Dónde, por lo tanto, está su identidad? Como ya señalé anteriormente en un trabajo: “No sabe si en aquel lugar del pasado o en este presente que parece sólo tener sentido por el pasado que se le superpone, a pesar de que él lo consideraba como un no-tiempo, pues en ese momento el presente se le escapaba porque sólo lo atraía un pasado anterior, fuera de ese lugar, y un futuro que también implicaba el no estar ahí”.³⁶

La pareja tiene una experiencia semejante y reacciona de igual manera: con rencor hacia el país, sus habitantes, sus compañeros de trabajo; con felicidad por ya estar fuera, lejos de los “piojos” vocingleros (obviamente voceros y aduladores del sistema) y de los herméticos habitantes que forman un muro difícil de traspasar. Sin que nunca se exprese, es claro que la angustia de los personajes durante su estancia en China se debe a lo que ya se ve venir: la revolución cultural. Por eso el distanciamiento de la gente, por eso la existencia de “piojos” vocingleros. Ambos piensan que fácilmente podrán olvidarse de esa sociedad en la que nunca estuvieron verdaderamente insertos, pues “El no poder echar allá raíces, ni sentir como nuestro nada de lo que se nos ofrecía, nos ayudará”.³⁷ En mi opinión, como lo expuse en otro momento:

El conflicto estriba en que fuera de ahí y sin hacerlo patente, se cuestiona su actitud de dejar pasar los hechos, de evitar a toda costa ser víctimas de un sistema, aunque de hecho lo fueron, más cerrando los ojos a las víctimas que no tenían siquiera una ruta de escape, a esos otros que eran diferentes a ellos y con los cuales no se identificaban. A pesar de ello todos acaban por ser peces de ojos deformes, cuyo “único reflejo se consumía en escapar de la cárcel de luz que los aprisionaba” (51). Deshumanizados, sin nombre, él en particular se ve perseguido por las imágenes de ese pasado cuando el amor entre ambos, creen, fue lo que los salvó. Sin embargo, tal parece que un germen de culpa se encuentra siempre en él, pues los recuerdos son entes peligrosos.³⁸

³⁶ Laura Cázares H., “Los cuentos olvidados”, en Teresa García Díaz, coord., *Victorio Ferri se hizo mago en Viena* (Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 2007), 120.

³⁷ Pitol, “¿En qué lugar...?”, 49.

³⁸ Cázares, “Los cuentos...”, 120-121.

La pérdida del nombre, de la identidad, se debe que no encuentra en sí ningún valor, ningún compromiso, ningún riesgo. De manera que el personaje se desdibuja, se borra, al igual que se ha borrado una gran cantidad de información en el texto que, por lo mismo, se vuelve hermético y sugerente. Nada podrá salvar a ese viajero, nunca podrá encontrar su nombre.

Si pensamos en la respuesta que el autor le da a Juan Villoro cuando le pregunta sobre su experiencia china (“es muy fácil caer en el exotismo, además el rencor podría llevarme a opiniones muy superficiales”), entendemos por qué éste es uno de los cuentos olvidados de Sergio Pitól y por qué no lo incluye en su obra reunida.

A diferencia del anterior, “Hacia occidente” es uno de los cuentos bastante conocidos de Sergio Pitól. Aunque escrito casi tres años después de haber salido de China, conserva muchos elementos de ambientación que ya aparecen en “Los nombres no olvidados”, por ejemplo, las tediosas y hastiantes visitas a fábricas, talleres, comunas, etcétera, que aquí cobran sentido porque el protagonista es un hombre de negocios, varado en Pekín mientras se firma un convenio comercial. Aunque tal parece que de los sesenta a los ochenta ningún viajero se libraba de esos recorridos; para este personaje todo eso resulta una pérdida de tiempo y, por lo tanto, de dinero.

Narrado en tercera persona, como la mayoría de los cuentos de Pitól, el punto de vista que se elige es el del protagonista innominado. Las largas descripciones de los lugares visitados, de los espectáculos; el desfile de funcionarios que tratan de convencerlo de que todas las actividades programadas se deben realizar, abruma al lector y lo hacen comprender cómo se siente el personaje: “¿Dónde la China legendaria y misteriosa?, ¿dónde las inolvidables noches de Shanghai con las que toda juventud ha soñado?”.³⁹ El guiño al lector de que el personaje pensaba encontrar una China hollywoodesca, nos permite entender su tedio y su afán de retornar a occidente, pues ahí “el tiempo tenía otra función y otro uso, de ahí el progreso alcanzado, [...]”.⁴⁰ Qué puede a él importarle ver “recortar papeles de colores o hacer vasijas”.⁴¹ Se trata de dos mundos y, dice el personaje, “Uno pertenecía irremisiblemente a Occidente [...]”.⁴²

³⁹ Sergio Pitól, “Hacia occidente”, en *Obras reunidas III. Cuentos y relatos* (México: FCE, 2004), 160.

⁴⁰ Pitól, “Hacia occidente”, 161.

⁴¹ Pitól, “Hacia occidente”, 161.

⁴² Pitól, “Hacia occidente”, 162.

Al aceptar el consejo de una mexicana, Elisa, y de una pareja de venezolanos, de trasladarse a Europa en el transiberiano, el personaje vive una experiencia aún peor, pues las maravillas prometidas nunca aparecen. Consigo lleva dos objetos: una fotografía de Notre-Dame, donde en primer plano aparece un hombre sentado de espaldas en un banco; y un libro de segunda mano, en inglés, titulado *The Priest and his Disciples*, escrito por el japonés Kurata Hyaduso. La primera lo proyecta hacia occidente; el segundo lo liga a oriente. En él sí hay algo de ese misterio oriental que pensaba encontrar, pues dentro de los diálogos herméticos de repente aparece otro texto: la historia de Kiyoshi Kawase, joven talentoso que a los diecinueve años cae en la zozobra de dudar “de la realidad que percibían sus sentidos”.⁴³ Al verse en un espejo, Kiyoshi se da cuenta de que tiene una sombra y es un fantasma, de que todo lo que lo rodea es espectral. Cuando lo buscan en la habitación, sólo encuentran: “desparramadas, en desorden, las ropas de Kiyoshi. Flotaba en el recinto un suave aroma de azahar, mezclado con otro olor acre que nadie llegó a identificar”.⁴⁴ Ahí termina la historia y vuelven a aparecer los otros diálogos. Pero he ahí que el misterio de oriente invade el occidente: en la fotografía de Notre-Dame, el hombre también tiene una sombra y el rostro de esa sombra es el mismo que el del hombre de negocios que va en el tren. Éste no logra “desentrañar si estaba viviendo una existencia ya vivida, o en qué exactamente consistía la usurpación”;⁴⁵ por lo tanto, y así termina el cuento: “Se metió entre las sábanas a esperar”.⁴⁶

A veces, Pitol juega con los desplazamientos entre la realidad y la ficción, por ejemplo, eso ocurre en el cuento “Nocturno de Bujara”. Para Martínez Morales, en “Hacia occidente” “parece abrirse esa grieta de lo insólito”.⁴⁷ Ni siquiera con este cuento coloca al autor plenamente en lo fantástico, pero sí dice: “Nuevamente los espejos, nuevamente las duplicaciones, aunque sólo nos quedemos en el umbral de lo fantástico”.⁴⁸ Según este crítico, la respuesta a esa espera con la que finaliza el cuento la debe dar el lector.⁴⁹

⁴³ Pitol, “Hacia occidente”, 164.

⁴⁴ Pitol, “Hacia occidente”, 165.

⁴⁵ Pitol, “Hacia occidente”, 165.

⁴⁶ Pitol, “Hacia occidente”, 165.

⁴⁷ José Luis Martínez Morales, “La frontera de lo fantástico en la cuentística de Sergio Pitol”, en *Singulares lecturas tenebrosas* (Xalapa, Veracruz: Gobierno del Estado de Veracruz, 2008), 66.

⁴⁸ Martínez, “La frontera ...”, 68-69.

⁴⁹ Martínez, “La frontera ...”, 69.

Refiriéndose al motivo del doble, David Roas dice:

el doble se relaciona directamente con lo más íntimo de nosotros mismos, con nuestra identidad. La idea de un ser duplicado nos hace dudar no ya solo de la coherencia de lo real (el desdoblamiento es algo imposible), sino que rompe la concepción que tenemos de nosotros mismos como algo único, como individuos (etimológicamente, lo que no puede ser dividido). Al postular la ruptura del principio de identidad, desaparece la percepción unificada del yo. Entonces, el yo se vuelve extraño, desconocido, y, como tal, incomprensible y, sobre todo, incontrolable.⁵⁰

Si contrastamos al personaje tal como aparece al inicio del relato con él mismo al final, nos damos cuenta de que toda su prepotencia occidental, su menosprecio hacia lo que lo rodea, se han perdido. Desde que llegó a China empezó a dejar de tener el control de su entorno, y ya de salida, el golpe definitivo se lo proporciona un texto oriental que le transforma la percepción de la imagen occidental impresa en la tarjeta. Ahora más bien parece un ser desvalido, sujeto a los vaivenes del azar, de lo que se intuye, pero se desconoce.

En ese juego entre lo cotidiano y lo misterioso, el personaje, que ha tomado un sedante, puede esperar dormirse (esa pequeña muerte); pero también desaparecer, borrarse de la fotografía y del mundo (la verdadera muerte). Sin embargo, si como advierte Roas resumiendo a Rank, “la sombra y el reflejo son representaciones de la inmortalidad del alma humana (como reacción narcisista contra el temor a la muerte)”;⁵¹ el personaje podrá perder el cuerpo, pero no el alma. Lo relevante de ese final del cuento es el desasosiego que produce; presente también en los otros cuentos sobre China y en muchos otros del escritor.

Con mucha anterioridad a que las migraciones adquirieran los rasgos que ahora tienen y se volvieron un tema central dentro de la agenda de los derechos humanos, Sergio Pitol fue capaz de anticipar los sucesos por venir a causa de la desigual situación económica y la relación expoliadora entre países con mayor riqueza y otros que apenas si se encuentran en vías de desarrollo o están en un estancamiento total, como podemos apreciar en su

⁵⁰ David Roas, *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico* (Madrid: Páginas de Espuma, 2011), 88-89.

⁵¹ Roas, *Tras los límites...*, 89.

artículo y como me lo comentó en una charla personal. Sin embargo, en su producción literaria no se acerca a los temas de migraciones colectivas, pero sí a la inserción de personajes en un espacio que puede resultarles extraño en comparación con aquél de dónde vienen o generarles el efecto de rechazo o de ser rechazados, como ocurre en particular en los tres cuentos aquí analizados, porque les resulta imposible comprender la idiosincrasia de los habitantes de un país que, aunque les abren la puerta, a ellos no les parece que se abran afectiva y anímicamente.

En gran medida la experiencia de Pitol en China se expone a través de los personajes de esos tres únicos cuentos en donde se refiere a ese país. Un lugar al que no logró adaptarse, como sí lo hizo en muchos otros donde habitó y en donde tuvo una amplia producción literaria. Un lugar donde vivió su extranjería doblemente, en relación con la población china, aunque disfrutó mucho de su ópera, y en relación con los otros extranjeros que eran sus compañeros de trabajo; pues no se nota en su autobiografía alguna cercanía con unos o con otros. Tuvieron que pasar cuarenta y tres años para que volviera a China, reconocido ya como un gran escritor, a presentar en diversas ciudades la traducción de su *nouvelle La vida conyugal* y de su extraordinario libro de cuentos *Vals de Mefisto*, ninguno de ellos referido al país oriental. No olvidemos, como bien dice Sergio Pitol, que “el mundo, de eso no cabe duda, seguirá su larga, su infinita marcha”.⁵²

⁵² Pitol, “Los emigrantes...”

Fuentes

CÁZARES H., LAURA

2007 “Los cuentos olvidados”, en Teresa García Díaz, coord., *Victorio Ferrer se hizo mago en Viena*. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 109-126.

CORRAL, ELIZABETH

2013 *La escritura insumisa. Correspondencias en la obra de Sergio Pitól*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis.

GARCÍA PONCE, JUAN

2002 “El mundo de Sergio Pitól”, *Batarro*, nos. 38-39-40, 117-132.

MARTÍNEZ MORALES, JOSÉ LUIS

2008 “La frontera de lo fantástico en la cuentística de Sergio Pitól”, en *Singulares lecturas tenebrosas*. Xalapa, Veracruz: Gobierno del Estado de Veracruz, 44-76.

MÉNDEZ-CRAIPEAU, LENINA

2012 “Variaciones en torno al horror en la narrativa de Sergio Pitól”, en Karim Benmiloud y Raphaël Estève, dirs., *El planeta Pitól*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, 143-160.

PITOL, SERGIO

1970 “¿En qué lugar ha quedado mi nombre?”, en *Del encuentro nupcial*. Barcelona: Tusquets, 45-54.

2001 “Los emigrantes y el futuro cultural latinoamericano”, *Latin Art Museum*, en <http://www.latinartmuseum.com/latinos_emigrantes.htm>, consultada en septiembre de 2015.

2004 “Hacia occidente”, en *Obras reunidas III. Cuentos y relatos*. México: FCE, 159-165.

2004 “Los nombres no olvidados”, en *Obras reunidas III. Cuentos y relatos*. México: FCE, 126-132.

2011 *Memoria 1933-1966*. México: Era.

ROAS, DAVID

2011 *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*. Madrid: Páginas de Espuma.

UZCANGA MEINECKE, FRANCISCO

2008 “El viaje de Sergio Pitol: entre peregrinación rusa y viaje a la semilla”, en Julio Peñate Rivero y Francisco Uzcanga Meinecke, eds., *El viaje en la literatura hispánica: de Juan Valera a Sergio Pitol*. Madrid: Verbum, 219-231.

VILLORO, JUAN

2015 “El viajero en su casa”, en Rafael Antúnez, ed. y sel., *Conversaciones con Sergio Pitol*. Xalapa, Veracruz: Instituto Literario de Veracruz, 69-87.